

Brillo de La Pléiade

CHRISTIAN MOIRE

Hay en la cultura francesa un modo de certificar la trascendencia literaria: entrar en La Pléiade. Esa colección, creada por Jacques Schiffrin hacia 1931, es lo mismo un símbolo de rigor filológico que de estatus intelectual (y aun de esnobismo), una suntuosa invitación al erotismo libresco que es garantía de calidad. Acompañemos al escritor y diplomático Christian Moire en su recorrido por esta serie de resonancias galácticas

No hay ninguna biblioteca francesa donde no se encuentre uno o varios libros de la colección La Bibliothéque de la Pléiade, reconocibles entre los demás por su cubierta de piel suave realizada con hilo de oro, cada época con un tono de piel: tabaco para el siglo xx, verde esmeralda para el xix, azul para el xviii, rojo veneciano para el xvii, corinto o rojo oscuro para el xvi, morado para la edad media, verde para la antigüedad y por último gris para los textos sagrados y rojo china para las antologías. Detrás de esta apariencia de obra de bibliofilia se esconde un trabajo crítico minucioso e indiscutible que hace de cada libro una referencia obligada, un catálogo razonado y completo, impreso en papel biblia, de las obras del autor que es honrado de esa forma.

Creada en París por Jacques Schiffrin en 1931, adquirida en 1933 por Éditions Gallimard, la colección representa actualmente un tercio de las cifras de venta de la célebre casa editorial de la calle Sébastien Bottin. Números de venta para provocar la envidia: 330 mil volúmenes por año, algunos títulos venden más de 200 mil ejemplares (las obras completas de Saint-Exupéry vendieron 330 mil ejemplares). Es un éxito comercial y editorial sin equivalente que, se murmura, utiliza cada año la piel de 60 mil borregos neozelandeses.

Una colección creada por un amigo de André Gide

El apellido Schiffrin no le debe ser desconocido al lector. Sin duda ha leído u oído hablar de *La edición sin editores* (México, Era, 2000) escrito por André Schiffrin. En las primeras páginas de ese ensayo que denuncia los daños de la concentración editorial, el autor rinde un conmovedor homenaje a su padre, editor en Francia y después en Estados Unidos, creador de La Bibliothéque de la Pléiade. Originario de Azerbaiyán, Jacques Schiffrin llegó a París en 1920. Cosmopolita y editor de corazón, trató de poner a disposición de un público joven los clásicos de la literatura mundial y muy particularmente la rusa, alemana y francesa. En 1923 creó su propia editorial, las Éditions de la Pléiade/J. Schiffrin & Cie. La insignia de la casa —no me atrevo a hablar de logo— representa un barco navegando bajo la pro-

El concepto de La Pléiade fue singular e innovador: proponer, en formato de bolsillo, las obras completas de autores clásicos, preservando un gran “confort” de lectura. De ahí el papel biblia, el formato pequeño y la cubierta de piel suave

tección de siete estrellas de la constelación de la Pléyade. ¡Nada que ver con los poetas reunidos en torno a Ronsard!

En 1931, inauguró La Bibliothéque de la Pléiade con la publicación del primer tomo de las obras de Baudelaire. El concepto de esta nueva colección es singular e innovador: proponer, en formato de bolsillo, las obras completas de autores clásicos, preservando un gran “confort” de lectura. De ahí el papel biblia, el formato pequeño y la cubierta de piel suave.

En una entrevista concedida en 1933, Schiffrin resume sus intenciones: “no se me deben atribuir más meritos de los que he tenido en este asunto. He viajado mucho: son los ingleses y los alemanes quienes me han dado la idea de realizar en Francia lo que a ellos les funcionaba tan bien. Pero, como siempre que se trata de una novedad, tuve que vencer muchas resistencias. Al lector francés, me decían, no le gusta el libro encuadernado. Creo que hoy ya no se me haría reproche alguno. Mire usted: quise hacer algo cómodo, práctico, y tuve en cuenta que los departamentos de hoy en día obligan a poner la mayor cantidad de cosas en el mínimo de espacio. Y además, como amaba los libros, procuré que fueran lo más bellos posible. Eso es todo.”

Eso es todo, nada más simple.

Y sin embargo, en 1933, a pesar del éxito de la colección, Jacques Schiffrin tuvo problemas de liquidez. André Gide y Jacques Schlumberger, ambos administradores de la *Nouvelle Revue Française*, acudieron en su ayuda y trataron de persuadir a Gaston Gallimard de apoyarlo. Así, André Gide pudo convencer a este último de que aceptara salvar la editorial de Schiffrin. Sus herederos, aún propietarios de la editorial, no pueden más que estarle agradecidos.

Jacques Schiffrin dirigió la colección hasta 1941, fecha en la que se exilió en Estados Unidos para huir del antisemitismo y la detención de judíos. Posteriormente grandes nombres de la literatura francesa se ocuparon del destino de la colección. Jean Pauhlan, Raymond Queneau y André Malraux aportaron su grano de arena a esa empresa editorial, que ocupa desde entonces un pabellón de madera recuperado al final de la exposición

universal de 1933, resguardado al fondo del jardín de Éditions Gallimard, en el corazón del barrio Saint-Germain. No se puede soñar con un lugar más propicio para la labor de los editores de la Pléiade.

Un trabajo crítico de referencia

A pesar de que el aspecto de los volúmenes casi no ha cambiado desde su creación, La Pléiade se convirtió a partir de las décadas de los cincuenta y sesenta en la colección de referencia que conocemos en la actualidad. El aparato crítico se amplió y las condiciones para el establecimiento de los textos se precisaron; desde entonces se busca el equilibrio editorial conciliando el placer de la lectura inmediata con la satisfacción de la legítima curiosidad del investigador.

La ambición de los editores de la colección es publicar las obras completas de cada autor que “entra en la Pléiade” (es la fórmula que se consagró desde aquella época). El editor realiza a partir de ese momento un importante trabajo de reflexión sobre el concepto de obras, fundamentalmente, sobre la manera de reunir las.

Un ejemplo ilustrará el trabajo que realiza el equipo de nueve personas albergado en el pabellón de la Pléiade: los volúmenes de Diderot. “El primer volumen de obras de Diderot agrupará los cuentos y las novelas, clasificadas por orden cronológico. Suena bien. Pero libros tan celebres como *La Religieuse* o *Jacques le fataliste* nunca se imprimieron cuando Diderot vivía, lo que no les impidió conocer una cierta difusión. Difusión y no publicación: la diferencia es importante. En efecto, esos textos fueron reproducidos, en varias entregas, en la *Correspondance Littéraire*, un periódico copiado a mano, cuyos raros ejemplares estaban sobre todo destinados a la nobleza europea aunque también circulaban en los medios filosóficos. Hace falta por tanto consultar y comparar los ejemplares de esta ‘revista’ que se han conservado. Para ordenarlo todo también se cuenta, en ciertos casos, con los manuscritos de Diderot —que algunas veces son anteriores a la fecha en que fueron difundidos en la *Correspondance Littéraire*— y con ma-

nuscritos de un copista, en ocasiones corregidos por Diderot, si bien éstos parecen posteriores... En lo que toca a las ediciones de librería, no aparecieron sino después de la muerte del autor. Todo ello plantea interrogantes sobre el criterio de selección: ¿se debe ubicar *La Religieuse* en la fecha en la que se cree que comenzó la redacción (hacia la década de 1760), o en la época de su difusión en la *Correspondance Littéraire* (en la de 1780), o en la fecha de su publicación póstuma (1796, es decir, doce años después de la muerte de Diderot)?, y principalmente, ¿qué texto está en mejor estado y cuál refleja mejor la voluntad del autor?”

Ese tipo de preguntas deben responder con precaución y sabiduría los editores de La Pléiade. No sorprende, en consecuencia, que se necesiten varios años para preparar un volumen cuyo original mecanografiado alcanza en ocasiones ¡más de un metro de altura! Tampoco sorprende que el precio de venta al público no tenga nada que ver con la ambición de su creador.

Entrar en La Pléiade: una consagración que pocos autores han conocido en vida

“Los viejos, usted lo sabe, tienen sus manías. Las mías es ser publicado en La Pléiade y editado en su colección de bolsillo... No me detendré, aunque tenga que pedírselo veinte veces. No me responda que su Consejo, etcétera, etcétera... todas las coartadas, comparsas, empleados de su ministerio... la decisión es suya”, escribió Louis-Ferdinand Céline a Gaston Gallimard, el 24 de octubre de 1956.

Gaston Gallimard no cumplió el deseo de Céline. Entre los 191 autores editados en La Pléiade, sólo Gide, Malraux, Claudel, Montherlant, Saint-John Perse, Julien Green, Yourcenar, Char, Gracq, Ionesco y Nathalie Sarraute vieron sus obras publicadas en vida. Hemingway fue el primer autor extranjero contemporáneo que entró en la colección; le siguieron Kafka, Faulkner, Lorca. Voltaire es el autor más ricamente dotado de la colección, con 16 volúmenes. Le siguen Balzac (14), Saint-Simon y Dickens (9), y Green, Giono y Hugo (8).

Alrededor de veinte dominios lingüísticos están representados en el catálogo de la colección, por orden de importancia: el inglés (22 autores, sin contar los trabajos colectivos), el ruso (14), el alemán, el latín, el griego, el chino, el español, el italiano, el francés antiguo; y en menor medida el portugués, el danés, el árabe, el japonés y el sánscrito. Los autores del siglo xx son los más numerosos del catálogo (62 en 2003), mientras que se pueden enumerar, sin contar a los colectivos, 58 autores del siglo xix, 24 de los siglos xvii y xviii, y 17 de la antigüedad y el siglo xvi.

Una debilidad perdonable

Para terminar, dejo a un lado el punto de vista de la historia y del trabajo editorial para dar paso a consideraciones más personales. No lo ocultemos más: hay una pizca de esnobismo en la adquisición de un ejemplar de La Pléiade —no me refiero a los especialistas en un autor que encontrarán en esta colección una materia irreprochable para alimentar sus trabajos—. ¿Pero qué necesidad tenía yo de ese volumen sobre los escritores-viajeros árabes del siglo xiii? Más allá de esta debilidad perfectamente perdonable —la compra es noble—, el placer de la lectura de un Pléiade es seguro. Quien no ha pasado entre el ín-

Palmarés de la colección

Antoine de Saint-Exupéry, *Œuvres*, 1953:

340 mil ejemplares

Marcel Proust, *À la recherche du temps perdu*, I, 1954:

250 mil ejemplares

Albert Camus, *Théâtre-récits et nouvelles*, 1962:

218 mil ejemplares

Marcel Proust, *À la recherche du temps perdu*, II, 1954:

208 mil ejemplares

Paul Verlaine, *Œuvres poétiques complètes*, 1938:

207 mil ejemplares

Marcel Proust, *À la recherche du temps perdu*, III, 1957:

198 mil ejemplares

André Malraux, *Romans*, 1947:

160 mil ejemplares

Guillaume Apollinaire, *Œuvre poétique*, 1956:

143 mil ejemplares

Blaise Pascal, *Œuvres complètes*, 1936:

135 mil ejemplares

Tolstoi, *Guerre et paix*, 1945:

134 mil ejemplares

Algunas cifras

Formato: 105 × 170 mm

Número de títulos disponibles: 450

Número de títulos en catálogo: 500

Número de novedades anuales: 11

Ventas netas anuales: 310 mil ejemplares


Precio de venta promedio: €53.00

(50 títulos a menos de €45.00)

Reimpresiones anuales de títulos del fondo: 59

Peso del fondo en las ventas: 78 por ciento 

dice y el pulgar las páginas frágiles y volátiles de una de esas obras no ha conocido la recompensa reservada al mejor de los lectores: el placer del texto y del objeto. La colección es un joyero de selecciones de la literatura universal.

Si encallara en una isla desierta, sin ninguna duda rescataría antes del naufragio un Pléiade, tomaría sin titubear la “antología poética” que Gide ofreció en homenaje a su amigo Schiffrin, a menos de que me aferrara a los cuatro ejemplares de las obras de Jean Giono... 

Traducción de Kenya Bello.



Antigüedad contemporánea

BULMARO REYES CORIA

La UNAM bien puede aspirar al título de ser la editorial más grande de México. De las muchas series de libros que ha puesto a circular, destaca la multilingüe Bibliotheca Scriptorvm Graecorum et Romanorum Mexicana, en cuya producción ha participado el doctor Reyes Coria, traductor y editor que aprecia lo mismo contenido que continente en cada libro impreso

Tarea fundamental de la Bibliotheca Scriptorvm Graecorum et Romanorum Mexicana es participar activamente en la educación de la juventud mexicana, lo cual no es otra cosa que el mínimo esfuerzo por allanar el abismo que separa a los que tienen riquezas de más, de los que no tienen nada; es decir, “la guerra permanente contra la pobreza”, como dijera Koichiro Matsuura en su juramento como director general de la Unesco.

Sin duda, la educación de una juventud en particular podría significar la educación de los pueblos en general. Y a nadie le quepa la menor duda de que con este propósito educativo universal es como trabajan los profesores universitarios, a pesar de que haya quienes, acaso con pretensión de gloria personal o retribución cualquiera, o por simple ignorancia, afirmen que en la UNAM se hacen libros para ricos. Al contrario, los profesores hacen libros para todos, y la UNAM, al publicarlos sin afán de lucro, los pone al alcance de todos, como lo prueban, entre otros elementos, sus precios bajos.

Aquí, en particular, quiero decir que en México, en todo caso, ni los muy ricos ni los muy pobres podrían tener acceso a las fuentes originales de la sabiduría de griegos y latinos, si instituciones como la nuestra no ofrecieran, acompañados de la traducción española, los textos griegos o latinos de aquellos antiguos escritores que han sido fundamentales en el desarrollo del pensamiento humano de todas las generaciones que han sucedido a aquéllos.

Para muestra de esas obras latinas o griegas, puestas en español, baste la amplísima investigación acerca de la retórica antigua, en que desde hace ya muchos años está empeñada esta Bibliotheca. Ha publicado, por ejemplo, gran cantidad de discursos, como son los escolares de Gorgias, estudiados por Pedro Tapia; los de Iseo, por Gerardo Ramírez; algunos de Cicerón, por Salinas, Pimentel Álvarez, Gaos Schmidt y Ayala; algunos tratados íntimamente relacionados con este campo de la retórica y la educación, como el *Fedro* de Platón, estudiado por García Bacca; el *Diálogo de los oradores* de Tácito, por Heredia. Y por su espíritu normativo, hago hincapié en las obras retóricas de Marco Tulio Cicerón: *Acerca del orador*, por Amparo Gaos Schmidt, y por Bulmaro Reyes Coria, los libros *De la invención retórica*, *El orador perfecto*, *De la partición oratoria* y *Bruto: de los oradores ilustres*.

Sólo para dar una idea de lo que tratan los libros *Acerca del orador*, uno de los personajes de ese diálogo, refiriéndose en concreto a las partes del discurso, muestra irónicamente, aunque sin censurarlos, cómo los preceptos retóricos no son funcionales. Él cree que el juez, en efecto, se hace benévolo hacia el orador durante el desarrollo del discurso, no en el exordio, cuando todo está por oírse; se hace dócil, es decir, apto a la enseñanza, no cuando el orador promete que lo hará, sino cuando explica, y se vuelve atento, gracias no a un primer enunciado, sino a la acción entera. Pero, se insiste en que esos preceptos se vuelven necesarios para aquellos oradores a quienes no asiste la verdad. Los griegos, por ejemplo, eran más deseosos de la contienda que de la verdad; sin embargo, los oradores interesados en triunfar deben ver qué cosa quieren, y de manera especial qué les conviene decir, qué les es decoroso decir. Esta búsqueda del decoro en el hablar se refiere a las capacidades físicas —la voz, la fuerza, el aliento del orador—, y a cosas menos tangibles, como la oportunidad o lo pertinente en cualquier caso. Más claramente, el poder de la elocuencia se robustece